

LA DONCELLA PRACTICA



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA DONCELLA PRACTICA

I

LA señora de López necesitaba una doncella, y en tan grave caso—porque ya sabrán ustedes que el caso es grave—acudió á sus relacionados, á la agencia de criadas de servicio y á la portería.

La señora de López deseaba una doncella fiel, laboriosa, útil para llevar la casa en peso; en una palabra, una muchacha de *desempeño*, por si acaso convenía empeñarla en caso de apuro.

Todas cuantas personas á quienes la señora de López se dirigía, la aseguraban que el *género* de las criadas, doncellas y niñeras estaba perdido.

Pero esto ya lo sabía la pobre señora y se proponía encontrar lo mejorcito de lo peor, ya que

otra cosa no pudiera conseguir como deseaba.

Pues señor, en éstas y las otras, entre que la que recomendó la señora del principal era mejor que la que había buscado la portera, y entre que el precio convenía ó no convenía á las partes, se pasaron quince días.

El señor de López gruñía porque, aseguraba, estaba mal la casa sin doncella y él deseaba que las cosas fueran derechas:

Por fin una mañana, estando almorzando el matrimonio, Carlota, que así se llamaba la señora de López, le dijo á éste:

—¿Sabes que ya he encontrado una muchacha?

—¡Gracias á Dios, mujer! dijo López partiendo una chuleta; y dime, los informes que de ella tienes serán buenos, por supuesto?

—Así parece.

—¿Dónde ha servido esa chica?

—No lo sé.

—¡Malo!

—No importa el saber eso ó no saberlo, acuérdate de la que tuvimos el año pasado. Fuimos á preguntar por sus cualidades á la casa donde había servido, nos dijeron que era una excelente muchacha, y en efecto... se nos llevó media docena de cubiertos nuevecitos.

—Sí, ya me acuerdo que era un demonio. Un día la sorprendí limpiando unos platos con mi peluca.

—Con lo primero que encontró á la mano los limpiaría.

—Sí, yo llevaba la peluca puesta.

—¿Qué demonios dices, hombre?

López se muerde los labios y exclama:

—No me has dejado acabar. Quiero decir que yo llevaba la peluca el día anterior y la dejé luego en la mesa de mi cuarto, de donde debió tomarla aquella condenada...

—¡Ya!

—En fin, ¿cuando viene la nueva doméstica?

—Esta tarde. La portera de enfrente la conoce y me ha asegurado que es una buena persona.

—¡Bueno, buenol Yo celebraré que no saque las ñitas pronto.

Y terminado el almuerzo, López se va á la oficina y Carlota á hacerle á su marido unas zapatillas de cañamazo encarnadas y verdes.

II

Por la tarde se presenta la doncella.

Es una muchacha como una rosa de mayo, con unos ojos que están diciendo comedme y con un aire de *sabiduría* que se deja ver bien pronto.

—¿Cómo se llama usted? le preguntó Carlota.

—Cecilia, señora, para servir á usted; respon-

de la muchacha con un acento de cortesía admirable.

—Pues bien, Cecilia, venga usted conmigo que voy á enseñarle la casa.

—Vamos, señora.

La señora enteró á la doncella de todo lo que debía saber al entrar en aquel nido de amor conyugal. Al pasar por el comedor, la doncella exclama de pronto y con cierta admiración mezclada de entusiasmo.

—¡Ay, que armario tan grande y tan hermoso!

—Sí, dice Carlota, es muy cómodo.

—Ya lo creo, añade la niña sonriendo, cabe perfectamente un hombre.

La señora de López comienza á reflexionar sobre esta notable frase.

En su vida se le había ocurrido á ella una observación tan exacta.

III

Al anoecer el marido vuelve á casa, se entera de que ya la muchacha ha comenzado á ejercer sus funciones, y después de celebrarlo, porque así su esposa estará menos atareada, comienza á hablar de todo un poco. El matrimonio López es feliz; los esposos se quieren entra-

ñablemente. Jamás ha habido entre ellos un altercado.

Cuando más entusiasmados están hablando de proyectos para el porvenir, se presenta la doncella y le dice en voz baja á Carlota:

—Señora, señora, haga usted que salga el amo.

—¿Pues qué sucede? preguntó Carlota casi asustada.

—Que tengo que darle á usted una cosa.

—¿Qué es eso?

—Una carta.

Carlota no comprende lo que quiere decir aquello. López impacientado pregunta:

—¿Qué misterios son esos? ¿Qué demonios pasa?

Antes de que la esposa pueda contestar, ya está Cecilia diciendo:

—Nada, nada, señorito, es que la preguntaba á la señora qué sopa quería comer hoy.

—Pues para eso no era menester hablar en voz baja, hija mía; no hay para qué ocultar una pregunta tan sencilla!

Cecilia vuelve á hablar *sotto voce* con su señora.

—Ya que el señorito no se marcha, deje caer el pañuelo al suelo, yo le cogeré y meteré en él la carta esta.

Carlota le arranca la carta de las manos diciendo:

—¡Ea! veamos qué carta es esa.

Y la abre en presencia de López.

—¿Qué es eso? pregunta el marido, y al preguntarlo toma la carta de manos de su mujer.

En seguida la tira al suelo, exclamando:

—¡Mire usted qué majadería! Es un prospecto de una sociedad de seguros!

—¡Es verdad! dice Carlota mirando á su doncella.

Ésta dice, siempre en voz baja:

—Señora, como yo creí que era otra cosa...

La señora de López vuelve á reflexionar. Nunca se han presentado casos tan especiales.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

IV

Un día la señora de López salió *de tiendas* en compañía de su doncella. Por el camino Cecilia hizo á su ama tales observaciones, que Carlota á pesar de su estado y de su edad estuvo á punto de ruborizarse.

—¡Qué doncella tan rara! murmuraba de cuando en cuando y al mismo tiempo reflexionaba más y más sobre lo que la doncella le decía.

Es indudable que á veces basta una observación para que un sér pienso al mal se preci-



JUNTA DE ANDALUCÍA

pite en él. El lector puede sacar la consecuencia por sí mismo. ¡A que ha pasado cincuenta veces por delante de casa de Lhardy y no se le ha ocurrido ni mirar los pasteles siquiera! Pero ¡a que un día al pasar le dijo un amigo:—Esos pasteles de crema son excelentes! y sin poderlo remediar exclamó el lector:—Hombre, ¿vamos á comerlos?

Carlota no era mala, pero al fin y al cabo era mujer, y como mujer, débil, y como débil, propensa al desliz más inesperado y... ¡quién sabe! La doncella era tan práctica en ciertos asuntos que Carlota no comprendía muy bien que el diablo andaba siempre sonriendo detrás de aquellas dos mujeres y esperando que Carlota comprendiera más tarde ó más temprano.

—Señora, dijo Cecilia al doblar una esquina, ¿ha reparado usted en la escolta?

—¿En qué escolta?

—Desde que hemos salido de casa llevamos detrás un caballerito.

—¡Cecilia! basta de libertades, ya le he dicho á usted que no quiero oír ciertas cosas.

—Señora, yo creí que usted no le había visto, y por eso he avisado...

—Y en efecto, no le había visto, dice Carlota incomodada.

Cecilia habla para sí.

—Pues si no le había visto, ¿cómo se extraña de que le avise y en lugar de darme las gracias

se incomoda? Vamos, ¡mi señora es tonta!

En tal punto la señora de López saluda á un amigo de su marido. El amigo se acerca, saluda...

—Adiós, Carlota, ¿cómo está usted?

—Hola, Manolito, ¿y usted?

—Gracias. ¿Y López?

—Tan bueno.

—No se les ve á ustedes por ahí, amiga mía!

—Salimos muy poco, ya le he dicho á López que es preciso que nos distraigamos más. Esta noche creo que iremos al teatro del Príncipe.

—Bien hecho, es lo que deben ustedes hacer... y tendré el gusto de ver á ustedes; adiós Carlota, mis recuerdos á aquel pícaro.

—Adiós, Manolito!

Y el amigo se aleja y la doncella y la señora entran en una tienda de modas.

Una vez allí y mientras la *maestra* busca en un cajón unos puños que ha pedido Carlota, Cecilia le dice á su ama:

—Señora, ¿dónde va usted á comer hoy?

—¿Dónde? ¡En casa!

—Entonces no puede usted acudir á la cita.

—¿Pero Cecilia, usted está loca, ó qué es esto? pregunta Carlota con un acento de ira que casi asusta á la doncella.

—Señora, yo creí...

—Hable usted, que creyó usted, vamos á ver.

—Como usted citó á ese amiguito para el teatro del Príncipe...

—¡Yo!

—Creí que pensaba usted ir á comer á casa de alguna amiga y enviar un recado al amo diciendo que no espere hasta última hora.

—¡Jesús, que disparate!

Y al decir esto Carlota vuelve á reflexionar, pensando lo siguiente:

—En verdad que el plan no es malo para un caso... pero ¡qué digo! estoy insultando á mi lealtad, Dios mío!

Los ó tres semanas después de suceder lo que llevamos referido, la señora de López, salió sola de su casa y le dijo á Cecilia:

—Si viene alguno, que espere, yo vuelvo en seguida.

—Está muy bien, señora, dijo la doncella como si quisiera decir:—«Todo lo comprendo.»

Al poco rato de haber salido Carlota, sonó la campanilla.

Cecilia abrió la puerta, y se encontró con un pollo rubio, forrado de dril blanco, cubierta la cabeza con un sombrero de paja, y ocupados los labios con una pipa medio *culotté*. Era un primo hermano de Carlota.

—Pase usted, caballero, dijo Cecilia en cuanto le vió, y le hizo entrar en el gabinete de la señora.

Al poco tiempo después suena la campanilla, y se presenta un caballero gordo de patillas negras, sombrero de castor mate y traje un poquito usado. Es el médico de la casa que viene á ver á sus buenos amigos Carlota y López.

—Entre usted por aquí, caballero, le dice Cecilia con cierto misterio, y le introduce en el recibimiento.

Diez minutos después vuelve á sonar la campanilla. Es un joven simpático vestido con un traje de verano de un color de café, un sombrero bajo, una corbata encarnada y su pardessus sobre el brazo. Es el hermano de López.

—Por aquí, caballero, por aquí, le dice Cecilia en voz muy baja: y andando de puntillas le sirve de guía y le encierra en el comedor.

Pasa media hora, y al cabo de este tiempo, vuelve Carlota á su casa.

—¿Ha venido alguien? preguntó en voz alta.

—¡Chiiiisth! dice la doncella poniéndose el dedo índice sobre los labios. Ahí los tiene usted á todos.

—¿A quienes?

—A esos tres caballeros.

—¿Dónde están?

—He encerrado á cada uno en diferente cuarto.

—¿Para qué?

—¡Toma! para que no se hubieran encontrado y hubiéramos tenido un escándalo.

Carlota monta en cólera esta vez más que nunca y comprende por fin á dónde van á parar todos los cuidados de su doncella.

—¿Dónde demonios ha servido usted antes de venir á esta casa? le grita.

—En casa de la señorita Lola.

—¿Y quién es la señorita Lola?

—Es una francesa, bailarina del teatro Real, que me tenía siempre muy contenta y que...

—¡Basta, basta, basta! Tome usted su salario y vaya usted mucho con Dios á otra parte.

—¡Corrientel dice Cecilia perdiendo los estribos, porque de todos modos parece usted tonta, y es necesario un año para hacerle á usted entender las cosas!

VI

Cuando el señor de López supo lo que había pasado, se escamó de un modo terrible.

Hoy continúa viviendo con mucho ojo.

Su mujer no le ha dado que temer con nadie, excepto con aquel caballero que comenzó á seguirla el día que salió de tiendas, y con el primo que estuvo encerrado en el gabinete.

Y un día en que López estuvo á punto de atrapar una carta del interior que olía á mil flores, murmuró Carlota contrariada!

—¡Caramba! Cecilia me hubiera sacado de estos apuros mejor que nadie.

EPILOGO



Después de saber este caso grave, señores maridos, ¿creen ustedes que es cosa de poca importancia la adquisición de una buena doncella para la señora?

FIN DEL TOMO QUINTO

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Impresiones de viaje	1
La carta verde.....	159
La doncella práctica.....	199



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LISTA DE SUSCRIPTORES
A LAS OBRAS COMPLETAS DE
EUSEBIO BLASCO

Azcárate (Gumersindo de).
Ayerbe (Marqués de).
Alvarez Mariño (José).
Aguilera (Alberto).
Alba (Enrique).
Ahumada (Luis de).
Andrade (Rafael).
Bretón (Tomás).
Bejar (Antonio).
Barzanallana (Marqués de).
Beruete (Aureliano de).
Blanco (Domingo).
Barceló (Luis).
Bivona (Duque de).
Carbó (Juan).
Cubas (José de).
Casa Laiglesia (Marqués de).
Cánovas del Castillo (Jesús).
Cruz (Pablo).
Cañabate (Joaquín).
Castillo de Chirel (Barón del).
Canalejas (José).
Coello (Alonso).
Castro Serna (Marqués de).
Casa Valencia (Conde de).

SUSCRIPTORES

Delgado (Eleuterio).
Dacarrete (Angel María).
Dato (Eduardo).
España (Gabriel).
Escosura (Julio de la).
Esteban Collantes (Conde de).
Estévanez (Nicolás).
Fabra (Nilo).
Florez (Carlos).
Goyenechea (José).
Gómez Rodulfo (Angel).
Gómez Renovales (Juan).
García Patón (Federico).
Hinojosa (Ricardo).
Iturralde (Daniel de).
Icaza (Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (José de).
López Domínguez (José).
López Puigcerver (Joaquín).
Larregla (Joaquín).
Loygorri (Federico).
Llano y Persi (Manuel de).
Llobregat (Conde de).
Muñoz de Baena (José).
Muñoz de Baena (Luis).
Manrique de Lara (Manuel).
Madariaga (Federico de).
Murga (Eduardo).
Maestre (Tomás).

SUSCRIPTORES

Montes Sierra (Nicasio).
Muguiro (Javier).
Malladas (Conde de).
Muñoz (Salvador),
Menéndez y Pelayo (Marcelino).
Navas (Conde de las).
Navarro y Ledesma (Francisco).
Ótamendi (Miguel).
Puente (Joaquín de la).
Pacheco (Antonio).
Retortillo (Alfonso).
Reparaz (Conde de).
Rica (José de la).
Romero y Robledo (Francisco).
Romanones (Conde de).
Ramiranes (Conde de).
Ruiz de la Prada (Manuel).
Sainz de la Maza (Joaquín).
Silvela (Francisco).
Soriano Murillo (Sra. viuda de).
San Luis (Conde de).
Sacro Lirio (Barón del).
Spottorno (Ricardo).
Sánchez Guerra (José).
Sotomayor (Duque de).
Sala (Emilio).
Squilache (Marquesa de).
Tamames (Duque de).
Tolosa Latour (Manuel de).
Terán (Eduardo).

SUSCRIPTORES

Tavara (Marqués de).
Traumann (Enrique).
Tovar (Marqués de)
Ubao (Manuel).
Ugarte (Javier).
Viñaza (Conde de la).
Villalobos (José).
Villasegura (Marqués de).
Vilches (Conde de).
Zozaya (Benito).

Ayuntamientos de:

Zaragoza.

Jaca.

Bilbao.

Cartagena.

Cádiz.

Valencia.

Pontevedra.

Badajoz.

ALTAS

D. Javier Longoria.

Valeriano Manzano.

Federico García del Busto.

Manuel Benedicto.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas.

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al editor, D. Wenceslao Blasco, calle de la Alameda, 1, duplicado, ó al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.

EN PRENSA

Mi viaje á Egipto. (Libro nuevo)

(Inauguración del Canal de Suez.)

Capítulos que contiene dicho libro.

I.—Paris.—Fernando de Lesseps.—Su divisa.—Preparativos de viaje.—Convidados por el Kediye.—Algo de lo que ocurre en Paris antes de mi marcha.—En la embajada de España.—Nabaraouy-Bey.—Provisos de pasaportes.—Futuras impresiones.—Nos despedimos.

II.—Llegada á Marsella.—Impresiones del primer viaje.—A visitar la ciudad.—Paseo por las calles.—Edmundo Dantés y nuestro Quijote.—Pasaje para el *Mæris*.—Animación extraordinaria en el puerto.—Partimos.

III.—A bordo del *Mæris*.—Tiempo magnífico.—Los viajeros.—El mareo.—La Córcega.—El paso del oso.—Caprera.—La casa de Garibaldi.

IV.—Llegamos.—Espectáculo grandioso.—Entramos en Alejandria.—Molestias á cambio de impresiones nuevas.—La ciudad.—El Nilo.—Camino del Cairo.

V.—¡Las pirámides!— ¡El desierto!— Impresiones que me causa nuestra llegada al Cairo.—Lo que van á costar las fiestas de la inauguración del Istmo.— Los bazares.—El circo.—Las mujeres árabes.

VI.—Más sobre las mujeres árabes.—Las mujeres de harem.—El Cairo viejo.—Una iglesia de coptos.— El museo de Boulay.—La mezquita del sultán Hassan.—Preparativos para recibir á la Emperatriz.— Mr. de Losseps y su futura esposa.

VII.—El Egipto contemporáneo.—Ismael Pachá.— Pueblo esclavo.—La obra de Mr. de Lesseps.

VIII.—Quince días de navegación por el Nilo.— Madama Luisa Callet.—Llegamos á Siont.—Las puestas del sol.—La necrópolis.—Baile original.— Los mosquitos.—Búfalos y antílopes.—Nos detene- mos frente á una llanura.—Un santón.—Dend- rach.—Excursión al famoso templo.—Quenech.— Las bailarinas.—Luysor; la antigua Tébas.—Ed- fon.—Danzas y simulacros de guerra.—El vil me- tal.—Ombo.—Assonan.—Navegación peligrosa.— La isla Elefantina.—Cocodrilo imaginario.—Nubios en cueros.—Enfermos.—El Pachá y la mujer ajena.— Girgeh.—Otra vez en Siónt.—Excursión conmovedo- ra á las pirámides.

IX.—En pleno acontecimiento.—El canal.—La rada de Ismailta.—Espectáculo deslumbrador.

X.—Las tropas egipcias.—La emperatriz en came- llo.—*Raout* en casa de Mr. de Lesseps.—Baile en el palacio del Kedive.—Como vestía la emperatriz.— Confusión extraordinaria.—El *menú* de la cena.— ¡2.200 botellas!

VI.—Epilogo.

Mi viaje á Alemania. Libro nuevo.)

(Capítulos que contiene.)

I.—En Alemania.—El soldado germánico.—La catedral de Colonia.

II.—Haunover.—La «Herrenhause» —Apego á las tradiciones.—Los socialistas.

III.—Hamburgo.—Adelantos modernos.—El barrio de San Pablo.—«¡Soldados... siempre soldados!»

IV.—Berlín.—«Unter den Linden».—El Emperador.—Organización militar.—Abuso de la «interview».

V.—Leipsig.—Las ferias.—El teatro.—El museo.—Los paseos.—Libertad de las señoritas.—Los llanos.—Atmósfera de ilustración.

VI.—Berlín.—La gran revista militar de Tempelhof.—Comparando soldados.—La disciplina.—El emperador visto de cerca.

Mi entrevista con Bismarck.
